

## XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

**Ex 22, 20-26; Sal 18,2-4.47-48; 1 Tes 1,5-10; Mt 22, 34-40**

El texto evangélico que nos trae la liturgia de la Palabra este domingo treinta del tiempo ordinario se ubica dentro de la sección narrativa del evangelista Mateo (Cap. 19-23), que prepara el quinto discurso de Jesús (Cap. 24-25) sobre el juicio final o el final de los tiempos. Y creo que es importante hacer énfasis en este contexto puesto que todo el discurso de Jesús en el Evangelista Mateo sobre el cómo será el juicio final, gira alrededor de una idea principal que lo decía San Agustín en el siglo V d.C: *“al final de los tiempos seremos juzgados en el amor”*.

La pregunta fundamental de uno de los Escribas o Fariseos que estaban escuchando a Jesús no era ilógica, puesto que en su tiempo, éstos dos grupos, bien conocedores de todos los preceptos del Antiguo Testamento, habían olvidado el mandamiento principal: *“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Dt. 6,5) y; amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv. 19,18b)*. Porque en su tiempo los dos grupos mencionados, conocedores de la ley de Moisés, tenían 248 mandamientos y 365 prohibiciones. Era un espeso bosque en el que se perdían hasta los más conocedores de las Sagradas Escrituras (Pentateuco).

Y quizás hoy más que en el tiempo de Jesús, sigue siendo actual la pregunta puesto que el mundo nos envuelve en una cantidad de preceptos de tipo social, económico, político y religioso,; en el que hay tantos preceptos y normas que olvidamos el mandamiento principal. Nos convertimos en los Escribas o Fariseos del tiempo de Jesús, capaces o dispuestos a seguir las leyes de los seres humanos para enmarcarnos en el plano de lo recto según los preceptos humanos y olvidamos el precepto fundamental.

Por el mismo motivo la Palabra de Dios nos remite también hoy al *plan original de Dios* representado en la primera lectura, cuando YHWH le advertía a Moisés sobre la importancia de vigilar por los más pobres y pequeños del tiempo, representados en los huérfanos y las viudas; los cuales hoy toman quizás otros rostros de los que nos viene hablando la iglesia y advirtiéndolo de no olvidar. El Icono de Jesús en nuestro tiempo está representado en los jóvenes envejecidos por los vicios y en los adultos hechos niños queriendo tener nuevas experiencias, pensando en sí mismos y olvidando el precepto fundamental del amor a Dios y al prójimo como a sí mismos.

Por eso nunca es tarde mientras tengamos un aliento de vida, arriesgarnos a recorrer de nuevo el camino que nos lleva a la verdadera grandeza y plenitud, a la riqueza que sólo se experimenta cuando nos atrevemos a entregarnos al servicio de Dios y de los hermanos. Este camino que Dios nos plantea puede parecer a la luz de la sabiduría del mundo enriquece donándose y del que se enriquece, acercándose a los que menos tienen y pueden. En Palabras entonces de San Pablo en la Segunda lectura de la primera carta a los tesalonicenses, “*abandonando los ídolos para servir Dios vivo y verdadero*” (Cf. 1 Tes. 1,9b).

Dios nos sigue hablando y nunca se cansará de hablarnos porque quiere nuestra felicidad y plenitud en una vida de entrega a Él y al prójimo. Nunca se cansará de mendigarnos el amor a Él hasta que lleguemos a amarle con todo el Corazón, con toda el Alma y con toda la Mente. Y además nunca tendremos suficientes motivos para no entregarnos a Dios porque el camino que un día iniciamos, seguramente sólo se terminará cuando estemos en su presencia y en verdad le pertenezcamos solamente a Él. Y quizás en la pequeñez que sentimos ante tanta exigencia de Dios, sintamos motivaciones diarias y motivos para luchar, para seguir amando, para perdonar, para sanar nuestras heridas, para romper barreras, para seguir entregándonos y para ser mejores y un poquito menos pecadores.

Me viene a la mente una anécdota que contaba esta semana a los hermanos de los encuentros de formación de “discípulos-confirmados” que espero no sea nunca nuestra experiencia:

#### NO TENGO NI UN MINUTO

- Dios me dijo un día: "***Dame un poco de tu tiempo***". Y yo le respondí: "***Pero Señor, si el tiempo que tengo no me basta ni para mí***". Dios me repitió, más alto: "***Dame un poco de tu tiempo***". Y yo le respondí: "***Pero Señor, si no es por mala voluntad: es de verdad, no me sobra ni un minuto***" (Demasiado cansado para pensar en Dios – Con toda tu mente).
- Dios volvió a hablarme: "***Dame un poco de tu tiempo***". Y yo le respondí: "***Señor, ya sé que debo reservar un poco de tiempo para lo que me pides, pero sucede que a veces no me sobra nada para poder dar. ¡Es muy difícil***

*vivir, y a mí me lleva todo el tiempo! ¡No puedo dar más de lo que te estoy dando!"* (Demasiado ocupado para pensar en Dios – Con todo tu corazón).

- Entonces Dios ya no me dijo nada más. Y desde entonces descubrí que cuando Dios pide algo, pide nuestra misma vida. Y si uno da sólo un poco, Dios se calla. El paso siguiente ha de ser cosa nuestra, porque a Dios no le gusta el monólogo. **Qué tremendo debe ser el que Dios se calle!!!** (Con toda tu alma).

Pero yo estoy seguro como decía que Dios nunca se callará, pues seguirá gritando en el rostro de nuestro prójimo, porque aunque Dios y los seres humanos son objetos diferentes de amor, sólo se distinguen en concepto, ya que no se pueden separar: *“porque todo lo que hiciste con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hiciste”* (Mt 25, 31ss).